

LIBRARY  
UNIVERSITY OF TORONTO

## LA EXPLOSION DEMOGRAFICA EN AMERICA LATINA\*

ALBERTO LLERAS CAMARGO

### INTRODUCCION

Entiendo que es esta una de las primeras, tal vez la primera vez que se discute en la América Latina públicamente, en una asamblea como esta, el problema más grave de nuestro tiempo y, tal vez, el primero de todos, en nuestra zona geográfica: la explosión de la población.

¿Por qué sólo hasta ahora, y por qué con tanto desasosiego? Es, ciertamente, tan urgente examinar esta materia ahora mismo, como si fuese cosa nueva? ¿No ha venido la humanidad, desde sus remotísimos orígenes, adaptándose a su propia circunstancia y creciendo de acuerdo con leyes no bien conocidas, pero al parecer eficaces contra todo desbordamiento?

Tales preguntas ya no suelen hacerse entre demógrafos, sociólogos y economistas, casi que ni aún entre historiadores. Pero nuestra reunión,

---

\* Texto del discurso pronunciado en la inauguración de la Primera Asamblea Panamericana de Población, celebrada en Colombia en agosto de 1965

a la cual confluyen de todo el hemisferio gentes expertas en los diversos aspectos de la misma cuestión, no tiene, de seguro, por objeto mantener viva la alarma entre los equipos técnicos o suscitaría de nuevo con las últimas cifras disponibles, sino, principalmente, el propósito de remover las pesadísimas aguas de la opinión pública. Porque aquí, como en todo el mundo, esa opinión se niega a inquietarse con los clamores que elevan los científicos ante la casi súbita aparición de uno de los más grandes peligros para la vida organizada y decente de la especie, tal vez el mayor en su existencia.

No tengo más título ni otra autoridad para estar aquí que el de haber dedicado mi vida, de diversas maneras al servicio público. Tal vez por eso me he dado cuenta, tardíamente, de que he estado luchando buena parte de mi tiempo contra dificultades cuyas auténticas causas no logré precisar oportunamente con exactitud y que ahora reconozco mejor en las tremendas fricciones sociales de nuestra época, principalmente en los países subdesarrollados. De ahí nace mi empeño de ser oído de mis compatriotas, —tal vez de algunos otros americanos— simplemente para pedirles atención y estudio de los hechos, las estadísticas, las proyecciones que se están haciendo sobre este proceso de fertilidad incontrolada, inconsciente desde el punto de vista de la comunidad, y por eso mismo irresponsable.

#### *NOVEDAD DEL PROBLEMA*

Nos estamos ocupando ahora en este problema, ante todo, porque es nuevo. Hay muchos factores en él que no tienen nada que ver con lo ocurrido sobre el planeta. Hasta el comienzo mismo de nuestro Siglo XX la humanidad venía creciendo en progresión notable, pero de ninguna manera explosiva. Desde los primeros días de la prehistoria hasta el borde de nuestra edad las enfermedades, las hambrunas periódicas, el genocidio, las grandes pestes, las epidemias aplicaban un drenaje metódico al crecimiento demográfico. Estaba, además, al servicio de la mortalidad, la guerra. Que contra todo lo que puede pensarse, con el progreso de las armas no aumentó, sino que descendió en importancia como colaboración letal, desde los días en que se practicaba feralmente entre las tribus vecinas arrasadas por el vencedor y pasadas a cuchillo.

#### *CAMPAÑA CONTRA LA MORTALIDAD*

Pero en la segunda década de este siglo las cosas comenzaron a cambiar, y muy rápidamente. Se empezó a combatir la muerte, hasta

entonces dueña y señora de la humanidad, con paciencia y con ingenio ilimitados. Es cierto que ya venía en la Europa Occidental y en el Norte de América reduciendo su imperio sobre los hombres, a medida que se purificaban las aguas, se mejoraba el ambiente sanitario, había más alimentación y se eliminaba, en general, parte de la miseria

Pero la introducción de eficacísimos químicos para combatir las enfermedades o sus vectores, creó una novísima situación. Estos medios eran baratos y la técnica internacional se encargaba de extenderlos a aquellos sitios donde si hubiera sido sólo por los indígenas, no hubiera llegado jamás.

Fue así posible combatir en la gran faja tropical de la tierra y en todos los países atrasados una galaxia de enfermedades que solas, o combinadas entre sí, mantenían muy baja la expectativa de vida de los pueblos subdesarrollados. Algunas de ellas, típicamente infantiles, eran activamente mortales. Fueron así desapareciendo o reduciendo su gravedad, las gastritis, enteritis, influencias, neumonías, el tétanos, el sarampión, la malaria, la tuberculosis, la disentería, la tosferina, la viruela, la fiebre amarilla, la enfermedad de Chagas, el cólera, el tifus, la peste bubónica y qué se yo qué más nombres que formaban el pálido cosmos patológico de nuestra infancia y nos mantenían en constante luto o sobresalto. La quimioterapia y los antibióticos produjeron un cambio radical, ese sí revolucionario en la condición de la humanidad, principalmente de la más pobre, inculta y sufrida hasta entonces. El DDT, y el agua potable, las sulfas y la penicilina que redujeron verticalmente las enfermedades respiratorias, gástricas y venéreas más extendidas, todos inventos de este siglo, más los progresos asombrosos, pero menos comunes o populares, de la cirugía son los instrumentos de esta revuelta contra la muerte que prolongó con el más humanitario de los propósitos las probabilidades de vivir de quienes acababan antes su jornada, antes de iniciarse o de concluirse su período de fecundidad

Al disminuir la mortalidad infantil se abrió otro inmenso boquete hacia el crecimiento de la especie porque los hábitos de fertilidad no se alteraron con la misma rapidez o no se alteraron en absoluto. No es, pues, sorprendente que nos encontremos ante un fenómeno social totalmente nuevo, al reducirse bruscamente la mortalidad y al continuar inalterada, la natalidad. El problema de nuestro tiempo reside, simplificado, en que se ha interferido audaz y eficazmente la fuente de mortalidad y no hay ninguna capacidad para controlar la de la vida.

Tal vez aceptando las más comunes teorías sobre el equilibrio natural de la población, si ese proceso hubiera ocurrido en los países sub-

desarrollados gradualmente, la situación sería diferente. Al menos eso es lo que se sostiene de Europa Occidental y en general de los países que hicieron la revolución industrial en el siglo XIX. Allí las nuevas drogas no cayeron sobre un ambiente sanitario de absoluto abandono del ser humano a las pestes y desastres ni saltaron bruscamente a la eliminación de tantas causas de muerte pre-natura. La gravedad de la crisis es, por eso mismo, menor. Pero existe. El crecimiento de la población en las zonas industriales no indica que vayan a tener en ellas condiciones muy confortables, aparte de que estarán cada vez más asediadas por una horda ansiosa y semibárbara de pueblos superpoblados, que, fatalmente amenazará su seguridad.

### *POBLACION DEL MUNDO*

Durante esta reunión tendremos ocasión de familiarizarnos con algunas de las dramáticas cifras que sirven para plantear este tema, sin mucha literatura. Pero ahora, y solo para ilustrar brevemente el caso global diremos que lo más probable es que cuatro mil años antes de Cristo, cuando el hombre llevaba ya sobre la tierra entre quinientos y ochocientos mil años, la población del mundo fuera alrededor de diez millones de habitantes. Un poco más tienen hoy solamente las ciudades de Méjico y Buenos Aires, reunidas. Ya en los días de Cristo se calcula que había llegado a la cifra de 250 millones. Pero no llegó a doblarse sino diez y seis siglos más tarde. Creciendo a una tasa de 0.3 y 0.5 por ciento pasa la cifra de mil millones al comenzar el siglo XIX. Pero en el XX, con un crecimiento acelerado, la curva comienza a subir casi verticalmente hasta llegar a los 3.000 millones de nuestros días y una tasa de 2.1 por ciento. Coinciden en afirmar aún los más optimistas observadores en que al finalizar este siglo, nada más que dentro de 35 años, se habrá doblado otra vez la población del mundo, es decir, que habrá cerca de los 6.000 millones de seres.

### *UN PROFETA CALUMNIADO, T. R. MALTHUS*

Al llegar a los mil millones de habitantes, es decir una situación plenamente satisfactoria, si la vemos retrospectivamente, un clérigo protestante, Thomas Robert Malthus, publicó un libro titulado "Un Ensayo sobre el Principio de la Población en cuanto afecta al Futuro Mejoramiento de la Sociedad". Dichó estudio fue tan clarividente como calumniado por la controversia de su tiempo, 1793. Como a la teoría de Darwin que en cierta forma se originó en las sugerencias de Malthus sobre la "lucha por la existencia", a la malthusiana se la deformó y

simplificó de mala fe, y por eso todavía causa estragos e inhibe a las gentes modernas para el examen de la situación presente. Como se ha visto, nada hay de común entre lo que podía ser Malthus y lo que está ocurriendo, pero algunos de sus principios comienzan a ser ciertos. Malthus escribió principalmente para oponerse a las “leyes de los pobres”, una manera como los ingleses pretendían solucionar el problema del desempleo y tranquilizar sus conciencias por la responsabilidad que sentía su clase dirigente en la infinita miseria circundante. Malthus pensaba que la producción de alimentos no correría a paso igual con el crecimiento de la población y que una grande hambruna amenazaba a la civilización de su tiempo. Destruída su hipótesis por el formidable aumento de la productividad en los dos siglos siguientes las gentes se despreocuparon del problema de la población. Siempre había comida, —se dijeron— para cualquier tipo de humanidad, aún avanzándola al mar, si fuese necesario, o inventándola sintéticamente.

*Así, mientras tanto, la humanidad, en vez de crecer sin límite, iría limitando prudentemente su fecundidad a medida que el progreso técnico, el trabajo de la mujer, la circunstancia entera del nuevo tipo de vida en una sociedad industrializada fuera imponiendo consciente o inconscientemente trabas a la fertilidad* Así parecía hasta hace unos años que había ocurrido en los países industrializados. Pero comenzó la revolución de los agentes químicos y antibióticos y ella se operó con mayor eficacia en las regiones atrasadas del planeta, con el resultado radicalmente opuesto a lo que se preveía. Puesto que el efecto inmediato es inhibitor de la evolución de esos pueblos hacia la civilización industrial y su completo desarrollo

#### *NO EL NUMERO, SINO LA VELOCIDAD DEL CRECIMIENTO*

Como lo puntualiza muy bien Carmen Mitó, la nota dominante de la evolución de la población de América Latina es “la velocidad del ritmo de crecimiento que dicha población ha alcanzado”. Y de allí surgen las dificultades que estamos contemplando. Al iniciarse la presente centuria se estimaba la población latinoamericana en 60 millones y ya en 1960 sobrepasa los 207 millones. Es decir, que había crecido casi tres veces y medio en sesenta años. La población de 1.900 tardó 40 años en doblarse, pero la de 1950 se duplicará en 25 años.

#### *EL CASO LATINOAMERICANO*

El caso latinoamericano, que es el que nos ocupa preferencialmen-

te, es el de una región subdesarrollada, descapitalizada, con tremendos problemas de desarrollo, que necesita industrializarse y alterar esencialmente su modo de vivir para dar trabajo a toda su población y para entrar en el nivel en que deben operar, —si es que todavía operan— las limitaciones a la natalidad, y el inconsciente proceso de la humanidad para adaptarse a las condiciones existentes. Pero ocurre que a la velocidad del actual ritmo de crecimiento a América Latina está abocada a una gravísima crisis cuyos elementos esenciales son previsibles, desde luego, porque ya están presentes.

### *EL DESARROLLO ECONOMICO*

Lo que se llama una política de desarrollo económico no es otra cosa que un esfuerzo acelerado para crear condiciones en las cuales la población de cada país atrasado pueda satisfacer ciertas necesidades mínimas o alimentar ciertas aspiraciones legítimas. En términos generales podríamos decir que ambas cosas, necesidades y aspiraciones, están incluidas en alguno de estos renglones: vivienda, educación para los niños en edad escolar, educación general para el adulto, educación técnica, alimentación nutritiva para la familia, salud, una vida más larga y mejor defendida contra la enfermedad, descanso suficiente y atractivo. Este programa que Stevenson llamó la revolución de las aspiraciones insatisfechas, después de contemplar el caso latinoamericano de cerca, requiere, en primer término, que haya empleo suficiente y bien remunerado. Exige, también una alteración de la organización social y de la estructura económica de la región. Quien más elementalmente describió nuestro problema, fue un novelista y biólogo, Aldous Huxley: “En algunos sectores de Asia y en la mayoría de América Central y Sur América —dijo Huxley— la población está creciendo tan aprisa que se doblará en poco más de veinte años. Si la producción de alimentos y artículos manufacturados, de casas, escuelas y de maestros pudiera hacerse a la misma velocidad del crecimiento de la población, sería posible mejorar el desastroso lote que ha correspondido a estos países subdesarrollados y superpoblados. Pero infortunadamente no sólo les faltan maquinaria agrícola y una planta industrial capaz de producirla, sino el capital requerido para crearla.

Capital, —agrega— es lo que sobra después de que las necesidades primordiales de la población han sido satisfechas. Pero al final de cada año casi nada sobra y por consiguiente no hay capital disponible para crear las plantas industrial y agrícola por medio de las cuales podrían satisfacerse las necesidades de los pueblos. Además en todos estos países hay insuficiencia de trabajadores entrenados, sin los cuales una

planta industrial y agrícola no puede operar. Las presentes facilidades educacionales son inadecuadas, lo mismo los recursos financieros y culturales que podrían aplicarse para mejorarlas tan de prisa como la situación lo demanda. Mientras tanto, concluye desoladamente, la población de algunos de esos países subdesarrollados crece a una tasa del 3 por ciento por año". Que es, exactamente, nuestro caso

### *LA POBLACION DEPENDIENTE E INACTIVA*

La reducción de la tasa de mortalidad no es un proceso concluido en la América Latina, y, al contrario, los países de la zona están cada día más empeñados en programas de previsión sanitaria que aceleran las transformaciones descritas. El descenso muy grande, y todavía insuficiente de la mortalidad infantil, está creando, —combinado con la alta tasa de natalidad—, un rejuvenecimiento gradual de la población en toda el área. Hay muchos países especialmente en la zona tropical, cuya población es de tal manera joven que el 55% de ella tiene menos de 20 años. Normalmente debería ser dependiente e inactiva, y estar dedicada al estudio y al entrenamiento cada vez más arduo para trabajos técnicos. No ocurre siempre así, y la carga económica nacional aparentemente puede disminuir un poco. Pero si desde los diez y ocho años, o mucho antes, millones de hombres y mujeres latinoamericanos ingresan técnicamente a la fuerza del trabajo, y no encuentran empleo, otra situación típica de nuestra zona subdesarrollada, tampoco encontramos en ella nada que anuncie un mejoramiento, ni en el orden económico, ni en el social, ni menos aún, en el político.

### *EL EXODO*

Acusados por la superpoblación y el desempleo creciente de las zonas rurales, que la mecanización incipiente de la agricultura acentúa, millones de hombre y mujeres de los más bajos estratos económicos y culturales —analfabetos en su mayor parte, incapaces para oficios que requieren cierta destreza técnica o ligera especialización, familias con gran número de niños sin escuela— han venido emigrando del campo a las ciudades y principalmente a las más populosas, con la esperanza de encontrar trabajo. En la ciudad hay desempleo y exceso de población, como en el campo. Se amontonan los migrantes más allá de los suburbios obreros y crean en pocas horas ese casi fabuloso orbe de los tugurios que ha arruinado y ensombrecido la imagen de las ciudades latinoamericanas que hace apenas treinta o cuarenta años era la de un mundo próspero, generoso, de infinitas posibilidades abierto a todas

las razas y clases y libre de la mayor parte de las dolencias y apuros que ya padecía la oprimida sociedad del antiguo, estrecha dentro de su diminuto espacio vital.

Esta ciudad, Cali, conoce muy bien ese aspecto atroz de nuestra época y de nuestro desorden social, originado inmediatamente en la miseria, la violencia y el desempleo campesinos; mediatamente, en la velocidad del crecimiento demográfico. Pero todas las ciudades latinoamericanas mayores tienen esas lacras abominables; las favelas del Río de Janeiro y Sao Paulo, que comienzan a brotar en Brasilia, la capital más nueva del mundo; las poblaciones callampas de fungosa aparición, las villas miserias argentinas, los ranchos que coronan de vergüenza a Caracas, los tugurios de Bogotá, Medellín, Barranquilla, esas formas antes desconocidas de resistencia colectiva al dolor y a la privación, esos milagros de supervivencia que recuerdan en nuestro joven hemisferio las atrocidades del hacinamiento forzado en los campos de concentración de prisioneros y exiliados en la Europa posterior a la guerra española o, aún mejor, a la sucia plebe medieval apretada contra los castillos.

### *EL TUGURIO COMO AMBIENTE POLITICO*

De las luchas entre esta población migratoria de cultura típicamente campesina y atascada con las clases trabajadoras urbanas, ya organizadas, y de su contacto con el hampa que la prostituye o educa para sus tareas criminales, han surgido fenómenos sociales intrincados y no pocos de los movimientos políticos que destrozaron o pretenden destrozar incipientes regímenes democráticos con dictaduras de inaudita violencia y de rapacidad incontenible. Todo el tiempo los salarios han estado amenazados por la oferta de brazos y la demagogia desvergonzada ha rondado esos tugurios con voracidad inverosímil. La América Latina tiene en ese trozo de sociedad erosionada y desesperada su más grave riesgo. Es cierto que los partidos extremistas rígidos y sistemáticos, como el comunismo, tienen poco arraigo en ese lumpen proletariado, pero hay sectores de la franja lunática de la política, dentro de la cual se mueve a gusto el castrismo, que cuentan con la formidable contribución al caos que sería el asalto del tugurio a una ciudad desprevenida, para entregarla al pillaje con el modelo de la revuelta bogotana de 1948.

### *¿SITUACION INMANEJABLE?*

Dominar este fenómeno de la superpoblación con todos sus aspectos y secuelas, —anulación de la capitalización; frustración del desa-

rollo, exceso de carga sobre la economía por el predominio de los grupos dependientes, niñez y juventud, en el bloque de la población total; migraciones campesinas desesperadas, desempleo urbano y rural—, parece una tarea superior a las fuerzas de los sistemas políticos tradicionales de la América Latina y va requiriendo cada día mayor organización y consumiendo a cada minuto más libertad, sacrificada a la necesidad de conjurar una emergencia cuyo fin es imprevisible. Ya hay muchas personas que perdieron totalmente la fe en que esta situación sea manejable, y que ponen de presente que aún una drástica reducción de la natalidad por medios anticoncepcionistas es ineficaz para evitar la prolongación de la crisis hasta que las generaciones infantiles de hoy dejen de ser dependientes. Pero quienes así piensan no han tenido nunca mucha fe en la inteligencia y en la energía de pueblos como los nuestros, cuya admirable ductibilidad les permite, de seguro hacer una vuelta de ciento ochenta grados en la dirección centenaria de estímulo y premio económico, social aún religioso a la fertilidad desbordada.

No estoy, ciertamente, empeñado en pintar un desolado panorama de sombras y desgracias inevitables. Cuando esta conferencia termine, uno a uno los expertos, venidos de todas partes y de todos los territorios del espíritu, habrán puesto de presente ante la opinión americana que no estamos ante una teoría controvertible, sino ante un hecho de aterradora exactitud matemática.

### *POSICION ANTE EL PROBLEMA*

La indolencia para entrar a examinarlo es una de las más graves características de este proceso. La sombra desventurada de Malthus todavía se yergue, tal como la deformaron sus difamadores, para impedir que los políticos entien a buscar las soluciones probables, venciendo cualquier género de prejuicios. Lo primeros que hay que dominar es la ignorancia, y la consecuente petulancia con que muchas gentes con gran responsabilidad en las determinaciones que deban tomarse, dictaminan sobre al materia, o la archivan para que se resuelva como hasta ahora, según dicen. Es decir, para que siga acumulando todos sus efectos milenarios hasta producir la explosión.

No me corresponde a mi decir cuáles son los procedimientos más adecuados para promover la única solución a la vista, es decir, la restricción ordenada y dirigida de la natalidad hasta que se restablezca el equilibrio. Sé que todos ellos son deficientes, y requieren ante todo una educación popular y una disciplina social que no abundan en nuestra

zona. Pero no se me escapa que si alguien tiene que iniciar este esfuerzo y empeñarse en una política restrictiva, son los países subdesarrollados, que viven atribuyendo periódica y alternativamente sus males a una serie de causas concomitantes, pero no decisivas en la conformación de sus desventuras económicas y sociales.

Es cierto que falta capital para emprender la campaña inaplazable del desarrollo económico, pero el capital está faltando principalmente porque cada día sostenemos una mayor población y una proporción mayor de población inactiva, y devoramos nuestras débiles reservas. Necesitamos, desde luego, más escuelas, más colegios, más universidades, y nuestras urgencias de hospitales, servicios higiénicos, mejora de la nutrición, vivienda, empleo remunerativo, más el complemento y adecuación, de una fragilísima infraestructura económica, son totalmente desproporcionadas con la capacidad de pagarlas. Es cierto también que tenemos que realizar una reforma agraria y aldeana que descentralice y reparta en el campo un poco del bienestar que hemos logrado en las ciudades, y lleve técnicas de producción y modos de vivir más amables y justos para contener en parte, no la migración incontenible, sino este éxodo cruel y desesperado. Pero ni esa reforma, ni la tributaria que eleve la capacidad del estado para participar en las inversiones netas que son la base del desarrollo, son soluciones, si olas y olas de seres humanos, analfabetos y medio bárbaros, medio enfermos, mal comidos, mal vestidos, mal calzados, sin techo, siguen contribuyendo a la distribución de la miseria, sin participar en la producción y casi sin intervenir en el consumo. Ya es tan grande su número y tan estrecho su hacinamiento que están entrando en conciencia de su capacidad de disturbio, y por eso andan detrás de ellos los agentes profesionales internacionales de la revuelta, vendedores activos de específicos dogmáticos para curar todos los males de la desesperación.

### *ES NUESTRO PROBLEMA*

La acción tiene que ser más intensa donde la crisis es más grave. Y en esta faja tropical de América, que comienza en México y limita con el cono meridional del hemisferio, no puede posponerse por más tiempo. Hasta ahora lo que se ha hecho es eludir el problema sobre el cual los políticos y aún los economistas más ortodoxos, pasan volando, con alusiones fugitivas que no los obligan a nada. Así también se ha dicho que la Iglesia Católica, a la cual están teóricamente afiliadas las inmensas mayorías latinoamericanas, es responsable de lo que está ocurriendo por su posición tradicional contra el anticoncepcionismo, por medios mecánicos. Es esa otra manera de

no ocupase de la gravedad de la cuestión. La Iglesia Católica no ha podido impedir, con toda la rigidez de su adusta moral, que millones de latinoamericanos vivan en familias irregulares, no bendecidas por sus sacramentos, y que millones de niños nazcan en la ilegitimidad, y sería, por consiguiente excesivo atribuirse que por su culpa o por su posición se haya conformado esta crisis

La verdad es que nadie la advirtió a tiempo, y que nos ha cogido a todos, eclesiásticos y militares, políticos y sociólogos, psicólogos y demográficos, en ropas de dormir. Ahora, cuando nos estamos preguntando por qué nuestro mundo amable de hace apenas veinte o treinta años se ha vuelto inmanejable y violento, y cuando se nos destruyen a diario las esperanzas sucesivas del despegue hacia el desarrollo económico y el bienestar social, al fin, hemos comenzado a poner el dedo en la llaga.

No. No se puede crecer a esa velocidad, a ese desordenado ritmo casi salvaje, sin que la humanidad comience muy pronto a regresar a sus más oscuras épocas. Si al final del siglo vamos a ser seis mil millones de seres humanos, y si seguimos multiplicándonos en períodos cada vez más cortos se esperan a nuestros hijos y a nuestros nietos, y a muchas generaciones sucesivas días muy amargos. Pero claro que quienes llevaremos la peor parte seremos, siempre, los países subdesarrollados.

Para compensar esta visión pesimista y realista del futuro se viven haciendo cálculos de los formidables progresos tecnológicos que permitirán a la humanidad expandirse aún más y al ritmo actual, y sobre las tierras todavía desiertas de la América Latina, como habitáculo probable de una especie en fuga. El mundo, como observa uno de nuestros técnicos, no es una unidad y los progresos tecnológicos no estarán al alcance de nosotros más de lo que están hoy los de los agricultores norteamericanos. Más bien vale preguntar si no será cada día más cruel la diferencia entre los pueblos industrializados y ricos los que tienen cerrado el camino a la industrialización y a la riqueza, por su incontenible e incontenida fertilidad?

#### *OTRA POSICION LA DEL COMUNISMO*

Conviene, por último, que tratemos de entender por qué hay otro sector de la opinión mundial que hasta ahora permanece impassible al desarrollo de la crisis: el comunismo internacional. Ya hemos visto cómo media en ciertas situaciones creadas por este desorden biológico y cómo explota la miseria atribuyéndosela sistemáticamente a cualquier

ria de sus enemigos así cambien ellos de acuerdo con su fantástico don de oportunismo. Pero es que para este partido internacional no existe el problema porque su presencia puede precipitar su acceso al poder en las regiones más afectadas, que está codiciando largamente, a medida que se comience a pedir mayor organización estatal y dureza de acción contra la turbulencia. Y una vez en el poder todo puede solucionarse de una manera que las gentes cristianas y civilizadas del occidente jamás lo intentarían. El profesor Donn nos dice que se calcula que ocurrieron, además de los que normalmente eran de esperarse, de 25 a 30 millones de muertes en Rusia durante un período de doce años, de 1914 a 1926, como resultado de guerras, hambrunas y enfermedades. De ese período le corresponden al régimen soviético ocho años y con excepción de los muertos de la Primera Guerra Mundial, todos los demás fueron sacrificados a la implantación de la política económica y social del comunismo. Los muertos de la Primera Guerra Mundial están, por otra parte, compensados por las bajas que causó la hambruna del año 1928, que fueron cinco millones de rusos. Los soviéticos y los chinos que han procedido ruda e implacablemente en la destrucción de todo lo que se oponga a su poder, no vacilarían en regresar a los métodos nazis de esterilización y aborto obligatoriamente implantados, o a cualquier otro sistema de eliminación de la causa del desorden. Para ellos no hay problema. Cuando haya necesidad de reducir drásticamente la población siempre habrá alguna nueva teoría del partido y un ejecutivo sombrío y eficaz de lo que se disponga.

Pero para quienes no pensamos de esa manera y no queremos que la humanidad, o al menos la que habita nuestra región, menos aún, la de nuestra Patria, se ahogue en este abismo por indiferencia y por imprevisión, la solución humana, la solución cristiana, la solución económica, la solución política es el control de la natalidad. Y cuanto antes, mejor.